

Las lenguas

GREGORIO SALVADOR*

Un este ciclo de conferencias sobre el cambio de siglo y sobre los diversos problemas —y sus posibles soluciones— que el mundo tiene planteados tras lo ocurrido en el último año, cuyo director, don Julián Marías —a quien nunca podré agradecerle bastante la confianza que me otorga—, me ha invitado para que les hable de las lenguas, habrán oído ustedes exposiciones brillantes y notables argumentos que los inclinen a la esperanza; no sé si yo, con este tema, a la vista de lo que existe y de lo que puede resultar previsible, no voy más bien a poner una nota desesperanzada en este horizonte de futuro.

¿De qué lenguas hablar? Trataré de escalar mi exposición y hablaré primero de las lenguas del mundo, para hablar después de las lenguas de España, en cierto modo ligadas con la situación lingüística de la Europa comunitaria donde el problema lingüístico no es de los más livianos. Creo que voy a ser políticamente incorrecto, y acaso pueda herir susceptibilidades, pero es que, en asuntos lingüísticos, lo políticamente correcto, tal como se viene entendiendo, suele ser humanamente intolerable.

* De la Real Academia Española. Catedrático jubilado de Lengua Española.

Nadie sabe con exactitud, ni siquiera de forma aproximada, el número de lenguas que se hablan en el mundo, entre cuántas se reparten los seis mil millones de seres humanos en que se calcula la población del planeta; si tenemos en cuenta que, ya desde Aristóteles, el hombre se define como “el animal que habla”, que el lenguaje articulado se constituye en carácter esencial de su condición y que la posibilidad de comunicarse por medio de la palabra hablada o escrita es el fundamento de las sociedades humanas, la evidencia del multilingüismo merece cierta reflexión y unas cuantas consideraciones. Por lo pronto, individualmente, una persona puede ser monolingüe si habla una sola lengua —que es lo habitual—, bilingüe si es capaz de expresarse en dos y plurilingüe o políglota si conoce varias. ¿Y hasta dónde puede llegar el poliglotismo?, ¿hasta cuántas lenguas puede almacenar un cerebro humano? Dicho sea de paso, las lenguas no se almacenan sólo en un hemisferio, sino que las lenguas aprendidas en la infancia, hasta los seis años, se instalan en el hemisferio frontal izquierdo, mientras que las aprendidas con posterioridad tienen su alojamiento — por decirlo de alguna manera— en el hemisferio derecho; por eso, se da a veces el caso de personas que, al haberse lesionado el hemisferio izquierdo en un accidente, pierden su lengua y no pueden expresarse con ella y, sin embargo, si habían aprendido tardíamente otra lengua, con ésta sí pueden expresarse. Pero, aparte de estas curiosidades, preguntaba que hasta cuántas lenguas puede almacenar un ser humano, y la respuesta es que no demasiadas; quienes hablan cinco o seis lenguas ya asombran, si exceden de la media docena pasan y hay casos excepcionales de personas que conocen hasta diez, doce, catorce o acaso quince, pero por ahí anda el límite del poliglotismo. Así pues, cuando se habla de multilingüismo, que representa un grado de mayor abundancia de lenguas, se habla de una realidad planetaria, nunca de una posibilidad personal.

Como decía, nadie sabe con exactitud el número total de lenguas que se hablan hoy en el mundo, ni existe demasiado acuerdo en las cifras redondeadas que se aventuran, aunque la mayor parte de los autores estiman que la cifra debe estar entre cuatro mil y cinco mil. Tampoco está claro lo que unos y otros entienden por lengua o entienden por dialecto, pues los límites de muchas lenguas consideradas como tales son difusos y complicados, y aunque las variedades que engloban reciban el nombre de dialectos, su mutua ininteligibilidad les da carácter de lenguas independientes, pese a que no se reconozcan como tales. Por ejemplo, muchos creen que el árabe es una lengua unitaria que permite la intercomunicación de 180 millones de seres por todo el norte de África y el suroeste de Asia, desde Marrakech a Bagdad, pero no hay tal lengua unitaria, porque sus llamados dialectos son lenguas ininteligibles entre sí, y un marroquí no entiende a un argelino, ni un egipcio entiende a un sirio o a un iraquí; se pueden entender las personas cultas, pero en árabe clásico o literario, que es la lengua sagrada del Islam y que cumple una función para esas gentes muy semejante a la que el latín representó para los pueblos románicos europeos hasta muy entrada la Edad Moderna. El chino se considera la lengua más amplia del mundo en número de hablantes, pero cuando se afirma que más de mil millones de personas hablan el chino, es necesario matizar esa afirmación, porque en realidad se trata de un conjunto nutrido de lenguas de la misma familia, oralmente muy diferenciadas, que se agrupan bajo un único sistema de escritura ideográfica; aunque puede que sean hasta seiscientos millones los que dominan el chino mandarín, lo que le permite a esta lengua, pese a todo, encabezar demográficamente la conocida serie de las cuatro mayores lenguas del mundo, las que superan los 300 millones de hablantes, que son, por este orden: chino mandarín, inglés, español y hindi.

Hay, en cambio, otros idiomas que se distinguen nominalmente y se diferencian por algo que les es externo, sin que un lingüista pueda considerarlos diferentes. Sabido es, por ejemplo, que el urdu no es sino el hindi escrito con caracteres arábigos y no con escritura devanagari; en realidad, cuando se cuenta el hindi entre las cuatro primeras lenguas es porque se le agrega el urdu, que para los lingüistas es la misma lengua. Otro caso en este mismo sentido son las lenguas eslavas, escritas unas con el alfabeto cirílico y otras con el latino, cuya semejanza es tanta que muchos lingüistas consideran que son dialectos de un eslavo común y no lenguas, porque, a lo sumo, cabría distinguir: un eslavo oriental, que incluye el ruso, el bielorruso y el ucraniano; un eslavo occidental, con el polaco, el checo y el eslovaco, y un eslavo meridional, compuesto por el búlgaro, el serbocroata, el esloveno y el macedonio. He aquí, pues, diez lenguas europeas, políticamente consideradas como tales, que los lingüistas del área se atreven a reducir a tres; política y lingüística no siempre coinciden en las apreciaciones idiomáticas. He dicho que son diez para los políticos, pero lo cierto es que ya son once, porque serbios y croatas han decidido en los últimos años —aparte de matarse entre sí, como todos sabemos— que hablan lenguas distintas, y están haciendo todo lo posible por diferenciar dos lenguas que eran la misma.

El desquiciamiento de la humanidad en estas cuestiones lingüísticas es un espectáculo verdaderamente notable. Dos variedades cualquiera de una misma familia lingüística tienen entre sí una relación que puede ser de dialecto o de lengua, según que los hablantes de una y otra puedan entenderse entre sí sin dificultad apreciable o no; pero, a veces, se busca la manera de diferenciar dos lenguas que son nada más que variedades o dialectos, negándose incluso la evidencia de que se entienden los unos a los otros sólo por hacerse —como se dice ahora— con una seña de identidad. Las lenguas son, ante todo, instrumentos de comunicación y vehículos de transmisión cultural, pero nunca faltan los que se empeñan en convertirlas en barreras de incomunicación y en armas de oposición cultural, y he de confesar que me horroriza oír hablar de los idiomas como señas de identidad, porque siempre que se han utilizado con tal fin ha sido para discriminar a los no idénticos.

Ocurre, pues, que cuando se habla de las lenguas del mundo, se habla de realidades muy diversas, porque se computan por sus nombres, pero hay conjuntos que se cuentan como unidades, y hay unidades que no cuentan porque mantienen su denominación histórica de dialectos aunque su ininteligibilidad para otros hablantes de la lengua que les da nombre resulte evidente; éste es el caso del árabe, al que me he referido hace poco, o del chino sin adjetivos. Hasta veintidós mil nombres de lenguas y dialectos se han llegado a inventariar, lo que quiere decir que hay veintidós mil realidades que se han entendido como lenguas. Pero, ¿quién es capaz de decir algo sobre lenguas como el bafango, el bamileque, el iquingurimí, el machacha, el ñabungú, el culele, el quiama, el turuca, el siané, el calinga, el carduchara, el queigana, el tirurái, el toarítí, el lamuto, el nanái, el conda, el gadba, el pacó, el rengao, el sedí, el coluchano, el chacta, el zuñí, el huavi, el popoloca, el cuna, el jacalteco, el campa, el cocama, el tucuna, el chucoto, el sorio o el coriaco? Ni los lingüistas más entusiastas pueden decir nada sobre cualquiera de estas lenguas, y digo en general los lingüistas muy entusiastas porque, generalmente, si su nombre existe y están inventariadas, es porque algún antropólogo metido a lingüista ha escrito algo sobre ellas o ha utilizado a los pocos hablantes que puedan tener para hacer determinado tipo de trabajos. Hay lingüistas que escriben libros, por ejemplo, sobre la esencial igualdad y dignidad de las lenguas, donde lo mismo les da el cuna que el francés, o el chucoto que el ruso, o el nanái que el español. Como ustedes habrán podido observar, esta relación de nombres, que yo he escogido al azar en esas grandes listas de lenguas registradas, parece más bien una relación

de nombres inventados, casi podría tomarse como una broma verbal; pero son lenguas de África, de Asia, de Oceanía, de América e incluso alguna de ellas de Europa, hablada cada una de ellas por unos cuantos millares de personas.

La tierra está habitada por seis mil millones de personas y supongamos, como hipótesis de trabajo, que sean cuatro mil las lenguas vivas actualmente en ella, ¿a cuántos hablantes tocaría cada lengua si se hiciese un reparto equitativo? A millón y medio; imaginemos lo que sería la vida humana en el planeta con cuatro mil grupos de millón y medio de personas, cada uno con su lengua alzada como bandera, aislados unos de otros en su supuesta identidad cultural. Afortunadamente, sólo es una ficción; aunque acaso tales sean los inescrutables propósitos de la Unesco cuando está dispuesta a invertir enormes cantidades —dice la prensa— en la protección del multilingüismo. Yo no salgo de mi asombro. Es más, hace un par de años, un alto cargo de la Unesco se dolía, como si hubiera tenido una desgracia familiar, del hecho de que, antes de que acabara el año en que le hacían la entrevista, iban a desaparecer del mundo ochenta o noventa lenguas.

Efectivamente, las lenguas van desapareciendo; pero ¿por qué desaparece una lengua? Pues porque la gente quiere entenderse y, cuando una lengua ha quedado reducida a una mínima expresión, a una cantidad pequeña de personas, a una familia o a una tribu, a lo sumo, las nuevas generaciones van aprendiendo la lengua que les sirve para entenderse con los demás —que es para lo que están las lenguas— y acaban dejando allí a un abuelo, por ejemplo, que no ha aprendido la otra nueva lengua, y cuando este hombre muere, muere también su lengua; es decir, cuando desaparece una lengua es porque desaparece su último hablante. Cuando yo, en su día, estudié filología románica en la universidad, todos los romanistas aprendíamos —algunos de ustedes probablemente lo aprendieron también— que el último hablante del dalmata, la décima lengua románica, había fallecido en 1898, no sin que antes hubieran ido allí todos los romanistas de Europa —alemanes, italianos, franceses— a hacer preguntas a este hombre —que se llamaba Tuore Duina Burbur— para estudiar la lengua y dejarla registrada. Bueno, por lo menos distrajeron al pobre anciano, que se pasó los últimos años de los noventa y tantos que vivió instruyendo lingüistas; pero, realmente, con quien ya no se entendía era con sus propios nietos y, al parecer, sus hijos habían muerto, que eran los que todavía habían sabido algo de dalmata.

Las lenguas desaparecen, y bendito sea que desaparezcan cuando ya no las habla nadie; pero luego hay una cierta tendencia a dar importancia a eso de la variedad, y éste es uno de los males que existen ahora: la importancia de la variación y de la lengua. Incluso es posible que haya algún antropólogo que esté viviendo a costa de alguna de esas lenguas que antes he mencionado, y con el cuento de hacer la gramática de esa lengua y de dar noticia de ella en los congresos, pues se va defendiendo en su profesión; pero eso es triste, porque las lenguas están para entenderse y lo que de verdad hace falta es que haya lenguas que hable mucha gente. Las lenguas no son iguales, sino que son esencialmente desiguales, porque, como instrumentos de comunicación que son, con cuanta más gente se pueda uno comunicar en determinada lengua, es indudable que más eficacia y más valor tendrá ese instrumento; por otro lado, como vehículos de un contenido cultural, naturalmente hay culturas con literaturas de gran tradición que son muy importantes, mientras que hay otras que no lo son, hay miles de lenguas analfabetas, y las lenguas sin escritura están totalmente sometidas a cambio.

La babelización ha sido considerada, en todo tiempo, tradicional e históricamente, como una maldición divina; el relato bíblico de la Torre de Babel narra un castigo de Dios a aquellas gentes que consistió en que las lenguas se dividieran y se multiplicaran. Pues bien, de maldición divina, la tropa de antropólogos está convirtiendo en los últimos tiempos el multiculturalismo en una especie de bendición cultural; lo cual no deja de ser una aberración, partiendo de la propia inestabilidad de toda lengua, inexorablemente abocada a disgregarse, porque las lenguas se originan por partenogénesis, y se pueden mantener más o menos tiempo, pero siempre en un equilibrio inestable y tendiendo siempre a una nueva fragmentación análoga a aquella de la que procede. Toda lengua está evolucionando en todo momento y, en cuanto se produce una quiebra en la comunicación entre algunos de sus grupos de hablantes, por las razones que sean, esa lengua se parte. Generalmente son razones de tipo político: las fronteras políticas y administrativas colaboran a la fragmentación de las lenguas.

Pero, a veces, ese equilibrio inestable y esa fragmentación se detienen, porque los pueblos, con bastante sentido común por lo general, en su decurso histórico y siempre con lentitud, han sustituido con frecuencia unas lenguas por otras. Una lengua tiene dos posibles motores: o impera el espíritu de campanario —sólo quiero entenderme con mis vecinos— o impera la fuerza de intercambio —quiero entenderme con cuanta más gente mejor— y, afortunadamente, gracias al sentido común de muchos pueblos que han adoptado otras lenguas, la fuerza de intercambio ha podido muchas veces con el espíritu de campanario. Y no hablo de pueblos extraños: antes de la invasión romana y de la incorporación de Hispania al Imperio Romano, nuestra península estaba habitada por una serie de pueblos que hablaban distintas lenguas —que ahora tratan de descifrar los arqueólogos o los historiadores de la antigüedad; pero, afortunadamente, esos antepasados nuestros, los habitantes de la Hispania prerromana, toda esa serie de pueblos: iberos, celtas, cántabros, astures, vascones —no todos los vascones, pero buena parte de ellos— aprendieron latín, y ese latín, que no dejó de hablarse en ningún momento, se nos convirtió en el español de hoy. Desgraciadamente, el latín se fragmentó después en las diversas lenguas románicas, tal vez porque había entonces una incomunicación que en nuestro tiempo no existe. A finales del siglo XIX, al español se le auguraba que iba a sucederle lo mismo que al latín, pues una vez obtenida la independencia por los pueblos de América y establecidas fronteras políticas, en cada uno se acabaría hablando una lengua y el español se fragmentaría. No ha sido así, hemos resistido un siglo, pero es que el siglo XX no puede compararse en cuanto a comunicaciones con lo que eran aquellos siglos medievales en que se disgregó el latín. Ahora es mucho más fácil esforzarse por sostener y amparar cualquier unidad lingüística.

Como decía, afortunadamente y gracias al sentido común de tantos pueblos, hoy no hay más allá de esas cuatro mil o cinco mil lenguas en el planeta, no muchas más de cien con verdadera entidad y apenas una docena con amplia difusión. Sólo las cuatro lenguas que antes dije, las que los demolingüistas llaman las cuatro mayores —chino mandarín, inglés, español y hindi—, cubren un tercio de la humanidad; es decir, dos mil millones de personas en el mundo hablan una de estas cuatro lenguas. Las que les siguen en orden demográfico son las que sobrepasan los setenta y cinco millones de hablantes, las llamadas siete grandes: el ruso, el árabe —aunque tenga esas particularidades que antes les dije, de todos modos hay una lengua culta, una lengua escrita extendida entre los pueblos árabes—, el bengalí, el portugués, el japonés, el alemán y el francés; éstas suman otros mil millones de hablantes, con lo cual resulta que con tan sólo once lenguas se

cubre la mitad de la población mundial. Y aún queda aproximadamente una decena que alcanza o excede los cincuenta millones que, sumadas a un centenar al menos que supera, más o menos ampliamente, el millón de hablantes, cubren otra amplia porción demográfica. Es decir, a pesar de todo y en general, las lenguas las habla bastante gente; el drama está en esos cuantos centenares de millones de seres que, por su propia condición humana, poseen la facultad de hablar, pero solamente conocen una lengua que comparten con unos pocos miles de coterráneos, cuando no simplemente algunos centenares o incluso menos, y así, confinados en su propia lengua, su perspectiva vital se reduce a los estrictos límites de sus afanes cotidianos, desconociendo el mundo en que viven y hallándose totalmente indefensos ante sus asechanzas.

Leía yo en una revista, hace uno o dos años, un reportaje sobre la visita que había hecho el Premio Nobel portugués, José Saramago, a San Cristóbal de las Casas, el municipio de Chiapas, en México, donde está el núcleo de la rebelión que, como ustedes saben, ha sido uno de los conflictos más continuados y que más ha dado que hablar en este periodo de cambio de siglo; y explicaba José Saramago la transformación que el obispo Samuel Ruiz había experimentado desde que llegara al lugar, cómo había ido comprendiendo la lamentable situación de los indígenas y lo justo de sus reclamaciones, y decía que incluso había aprendido alguna de sus lenguas. Me atrevo a opinar, desde mis experiencias mexicanas —porque yo he hecho mucho trabajo de campo y dialectológico en México—, que si el obispo hubiera comprendido rectamente esa situación, habría visto que la solución no estaba tanto en que él aprendiera unas cuantas lenguas locales como en que arbitrara los medios para que a los indios se les enseñara el español, lo que les permitiría acceder a las posibilidades que la nación como tal les ofrece e incluso entenderse y coaligarse entre ellos para otras cuestiones. Quizá no lo entendió el obispo, pero sí lo entendió el jefe de esa rebelión, el comandante Carlos —ese personaje desconocido que, por otra parte, sólo sabe español y que aparece siempre con un pasamontañas, mostrando sólo unos ojos azules que delatan que no es precisamente indígena—, quien está consiguiendo que a estas alturas mejore la situación en Chiapas porque los indios están aprendiendo español. Porque el problema de la situación en México, tanto en Chiapas como en Oaxaca, es que hay todavía muchas lenguas, dándose el caso, por ejemplo, de una aldea con quinientos habitantes que habla una lengua distinta de la de otra aldea a cinco kilómetros que habla ya otra lengua, más o menos próxima, pero distinta. Y si hay bastantes lenguas todavía es porque el número de las que había en América en el momento de su descubrimiento era posiblemente superior al de las que hay ahora en todo el mundo. A mí me hace mucha gracia oír hablar de todo eso del encuentro de dos culturas, porque no fue un encuentro de dos culturas: fue el encuentro de una cultura con cinco mil culturas que estaban aisladas, que no se conocían unas a otras, que no sabían en qué continente vivían. Y todo porque no habían tenido nunca una lengua común ni lenguas de intercambio y relación. La gran suerte de Europa había sido precisamente tener, sobre todo, dos lenguas de comunicación: el griego, en un momento determinado, y el latín, y tener una base común cultural que le proporcionaba la lengua.

Quizá sea el momento de recordar algo que siempre me gusta recordar. En muchas ocasiones, se habla de la glotofagia de las lenguas imperiales, de las lenguas que destrozan otras lenguas y, bajo ese punto de vista peyorativo, se habla del castellano que se trasladó a América y acabó con las lenguas americanas. Afortunadamente para los americanos, he de decir. El continente americano es hoy el continente de más coherencia lingüística y, realmente, se puede andar por todo él con tres lenguas: el inglés, el español y el portugués; ya casi prácticamente con dos, pues en Brasil —como

posiblemente ustedes saben, porque también suele ser esto noticia de prensa e incluso yo he hablado de ello aquí en alguna ocasión—, el actual Presidente de la República ha decidido que todo el mundo aprenda español, que éste sea obligatorio desde la escuela primaria y que los brasileños sean bilingües, porque, claro, por cualquier frontera que salgan se encuentran con el español, y entonces prefieren hablar la lengua de los vecinos para llevarse bien con ellos.

A los primeros indios americanos no se les predicó en castellano, porque, de acuerdo con el mandato evangélico, a los gentiles había que predicarles en sus propias lenguas, y los misioneros españoles, que llevaron esto a rajatabla, extendieron las lenguas americanas, pues primero aprendían la lengua de un poblado, pero después, cuando llegaban al poblado siguiente donde se hablaba otra, ellos predicaban en la lengua anterior, porque algo más entenderían de ésta que del castellano que ellos llevaban. De tal forma que las únicas de aquellas lenguas que hoy existen en América con cierta entidad y con cierta dimensión son el náhuatl y el maya, en México y Mesoamérica, y el quechua, el aimara y el guaraní en el sur, que eran lenguas de no mucha difusión, pero que dio la casualidad de que fueron las primeras con que se encontraron los misioneros y las extendieron. Pero la verdadera castellanización se produjo a partir de la Independencia. Cuando los países americanos consiguieron su independencia, las ideas que funcionaban en ese momento eran las de la Revolución Francesa, por lo que hay que decir, aunque resulte un poco extraño, que si el español es una de las grandes lenguas del mundo y se extendió por América, fue gracias a las ideas procedentes de Francia, que movieron a todos aquellos próceres americanos que consiguieron liberar a sus pueblos y establecer repúblicas independientes, porque entendieron con claridad que la libertad, la igualdad y la fraternidad —los tres principios propugnados por la Revolución Francesa— sólo eran posibles con una enseñanza unitaria en una lengua común. Así, la verdadera castellanización de América se fue produciendo paulatinamente a lo largo del siglo XIX y el XX; en 1810, sólo había tres millones de hispanohablantes en un continente donde ahora hay más de trescientos cincuenta. Ésa es la historia lingüística real.

Lo que ocurrió en México es que éste era uno de los países más complejos y con mayor división lingüística que quedaban; y la Revolución Mexicana del siglo XX consistió en gran medida en completar la castellanización, pero hubo estados —como el de Chiapas o el de Oaxaca— que, por quedar un poco más a trasmano, no disfrutaron del beneficio de la escuela. Ahora, la castellanización —si por fin se lleva a cabo— liberará a esa gente, porque el problema de la fragmentación lingüística es que las gentes fragmentadas lingüísticamente son fácilmente explotables por los demás. Ésta es, por otra parte, la gran desgracia del continente africano, la multiplicidad de lenguas, el multilingüismo, que cada tribu hable su propia lengua.

El profesor David Crystal, de la Universidad de Cambridge, en su Enciclopedia del lenguaje, incluye una relación de las lenguas con más de diez mil hablantes, y éstas no llegan a mil, es decir, que las tres o cuatro mil restantes son lenguas con menos de diez mil usuarios y esas lenguas no hacen nada más que encerrar en un círculo angustioso al que las habla, que no puede salir de su entorno. Ésta es una de las peores calamidades que agobian en este momento, en este principio de otro milenio, a la humanidad. Y de ello ha habido siempre conciencia. Las tres religiones de libro recuerdan la maldición de Babel; en el capítulo 11 del Génesis se habla de que las lenguas se dividieron por esta maldición, y lo mismo es para judíos, para musulmanes que para cristianos. Pero todas las demás culturas antiguas poseen entre sus tradiciones alguna historia semejante. Los chinos hablan de unos

demonios vengativos que en una época remota vinieron a multiplicar y confundir las lenguas de los hombres, y ahí las tenemos, en esa multitud abigarrada certificando la maldición. En la isla de Nueva Guinea, en el Pacífico, hay alrededor de seiscientas lenguas, ¿a dónde van a ir los nuevoguineanos? África, como les digo, es una selva lingüística; en el Camerún, dicen los manuales y las enciclopedias que hay dos lenguas oficiales, el inglés y el francés, pero ¿quién habla esas lenguas en una población de diez millones de habitantes? Pues las habla medio millón de personas —250.000 hablan francés, 250.000 hablan inglés— porque han estado escolarizadas, no porque ninguna de las dos sea su lengua; cada persona de ese medio millón habla la lengua de su tribu, y el conocer además el inglés o el francés les permite oprimir a sus paisanos, porque toda esa serie de tiranías, de dictaduras, de luchas tribales que se producen en África, en gran medida se deben al desbarajuste idiomático, y lo que hay en Camerún realmente —y esas sí están bien estudiadas y señaladas— son doscientas treinta y nueve lenguas; y lo único que permite un país con doscientas treinta y nueve lenguas es que ese medio millón de habitantes del país que hablan alguna de las lenguas europeas llamadas oficiales y con las que se gobierna sean quienes hagan lo que les parece y quienes tiranizan a los nueve millones y medio restantes.

Me parece un hecho indudable que a mayor fragmentación lingüística, mayor atraso y mayor pobreza, pero siempre, naturalmente, se puede hacer algo, y en este caso está claro lo que se debe hacer: hay que enseñar lenguas generales, lenguas de intercambio, convertir en bilingües a todos esos seres aislados tristemente en una lengua local o tribal que generalmente es analfabeta, una lengua sin escritura y sin horizonte. Mientras que el plurilingüismo personal enriquece al individuo, el multilingüismo planetario es una desgracia que nos debe afectar solidariamente a todos, y nos debe inducir a desechar determinadas ideas circulantes, de estirpe romántica, y a dirigir nuestros esfuerzos no hacia la artificial conservación de lenguas menores, sino a conseguir recuperar, para el disfrute de todos, los logros y beneficios que la comunidad humana ha ido alcanzando siglo a siglo, instalando en eso que ahora llamamos la aldea global a todos aquellos millones de seres marginados e incomunicados en sus diminutas aldeas lingüísticas.

Éste es pues el problema en general de las lenguas, pero también están los problemas particulares; hay una tendencia actual favorable a todas esas ideas románticas sobre el multiculturalismo, “todas las culturas son iguales”, que se dice ahora con un desenfado increíble ¿Cómo van a ser todas las culturas iguales? Hay culturas que, con todos sus defectos y sus virtudes, han llevado a la humanidad a donde está ahora, a esta realidad de la intercomunicación mundializada, a la posibilidad de transmisión instantánea sin que sea obstáculo el espacio, a este mutuo conocimiento que tenemos unos de otros, a esta mayor facilidad para mantener la cohesión lingüística gracias a la constante intercomunicación. Naturalmente, la cultura occidental judeocristiana de base grecolatina, que es la que en definitiva ha funcionado y la que ha conseguido todos estos logros, es algo diferente de lo que puedan ofrecer esas variopintas curiosidades, esas pequeñas culturas que a veces sólo sirven para tener sumida en la miseria y en el desamparo a mucha gente, a todavía centenares de miles de personas que viven aisladas en sus lenguas minúsculas.

El multilingüismo es siempre una cuestión problemática cuando existe, y nosotros vivimos en un continente plurilingüe y en una nación que también lo es, con los conflictos que de ello se derivan y que a veces se presentan con especial virulencia. En España, país plurilingüe, hay problemas lingüísticos porque la existencia de lenguas diferentes siempre es un semillero de problemas. He hablado de los casos extremos de Nueva Guinea y de África, donde naturalmente todo es mucho

peor, cuantitativa y cualitativamente, y me he referido a América, donde todavía queda un cierto plurilingüismo, aunque, en realidad, sea el continente de mayor homogeneidad lingüística, pues español, inglés y portugués lo cubren prácticamente en su totalidad.

En cualquier caso, América es un continente idiomáticamente envidiable si lo contemplamos desde Europa. Al incorporarse a la Unión Europea, España sumó sus problemas lingüísticos a los de esa otra amplísima comunidad a la que ahora, política y administrativamente, pertenece y, como es natural, el de la convivencia de lenguas sin menoscabo de los derechos individuales que es, se mire como se mire, el esencial. Porque Europa es obviamente multilingüe y eso complica de raíz todo el proyecto comunitario. Hemos conseguido unificar la moneda, pero desde luego lo de las lenguas es mucho más complicado, y lo primero que quiero decir sobre el multilingüismo europeo es que cuesta muchísimo dinero, que si Europa no fuera multilingüe ahorraríamos millones y millones de euros y la economía de la Unión podría ser más boyante.

De todos los problemas que ofrece la Unión Europea, ninguno tan grave como el de su plurilingüismo oficial, no digo ya el plurilingüismo real, sino el oficial. La Unión Europea se creó en ese momento en que hacían furor en el mundo ese tipo de ideas un poco dislocadas y románticas a las que antes me he referido y entonces se estableció, irreflexivamente, que la se iba a regir por el multilingüismo integral, es decir, que todas las lenguas de todos los países que constituyeran la Unión Europea serían oficiales y servirían para la administración de Europa. Cuando se había fundado la Organización de las Naciones Unidas, las lenguas oficiales se redujeron en aquel momento a las lenguas de los países vencedores: inglés, francés, ruso y chino, a las que se agregó el español porque, aunque no habían tenido prácticamente intervención en la guerra los países que la hablan, eran tantos y tan abundante su presencia en la Organización que se consideró insoslayable su oficialidad; más tarde se añadió el árabe, y con seis lenguas oficiales la ONU se arregla. Pues en Europa no, en la Unión Europea son oficiales todas las de los países integrantes; todas menos el gaélico, porque los irlandeses han tenido el buen sentido de pensar que, al fin y al cabo, lo que ellos hablan es inglés, y que con el inglés les basta.

Hace ocho o diez años, se presentó al Parlamento Europeo un informe, el Informe Kililea —así llamado por el nombre del diputado que lo presentó—, que suscitó fundados temores que gravitan todavía sobre la Unión Europea y que no se les ha dado arreglo, pues constituía un claro y demostrable testimonio de cómo, conforme fuera creciendo la Unión y se fueran incorporando países, Estrasburgo se podían convertir en un campamento de trujamanes, en una inextricable red de enlaces y conexiones de traducciones importantes, porque la oficialidad de todas las lenguas exige traducción simultánea a todas las lenguas; con la última ampliación que se hizo de la UE, se pasó de setenta y dos traducciones a ciento diez, y si se incorporaran todos esos países que están previstos, se llegaría a un extremo absolutamente imposible de asumir.

Hay que buscar una solución de oficialidad, hay que reducir las lenguas oficiales en la UE. Como ustedes sabrán ese asunto está siempre en candilero, y se lee en los periódicos que parece que el español tiene pocas posibilidades de ser una de las lenguas; pero, claro, es que a su vez ha habido peticiones de alguno de nuestros parlamentos regionales o autonómicos pidiendo que sus lenguas, que ya eran oficiales en sus territorios, se incorporaran también, por si era poco el barullo lingüístico.

Hubo, incluso, una petición hecha por el parlamento catalán y por el de Baleares, que querían que el catalán fuera lengua oficial, lo que dio lugar también a notables discusiones en la UE.

Hubo un momento en que la cuestión podía haberse resuelto, y fue cuando el Presidente francés Mitterrand —y los franceses han sido defensores de la primacía de su idioma como nadie—, tres meses antes de morir, se dirigió al Parlamento Europeo en un discurso al que no se le dio quizá toda la publicidad que se le debía haber dado entre nosotros. Inauguraba Francia la Presidencia de la UE, y Mitterrand, hablando con el buen sentido y el realismo de alguien que ya seguramente sabe que va a ser su último discurso, abordó sin inhibiciones ni reservas políticas la cuestión de la reducción de lenguas utilizables ante el Parlamento Europeo: “Represento a Francia —dijo Mitterrand—, que conoce las realidades que la amenazan en este asunto de la identidad cultural, y pienso en otros países tan respetables, cuyos idiomas no tienen la dimensión geográfica del francés, que a su vez no tienen la dimensión geográfica de otros. ¿Qué pueden pensar los europeos de expresión gaélica, flamenca o neerlandesa? No quiero que parezca que trato de aislar a los más pequeños o a los más débiles, en realidad el italiano, el alemán o el francés también están amenazados; hoy, casi únicamente la cultura inglesa o americana y la cultura española están en condiciones de afrontar estos retos y, a pesar de la amistad que tengo con estos países, prefiero que se siga hablando mi idioma en lugar del suyo para entenderme yo”.

Esta afirmación de que realmente las dos lenguas de más peso eran el inglés y el español tuvo una continuación, porque, inmediatamente, el Ministro francés de Educación y Cultura, Alain Lamassoure, propuso en una sesión posterior que se estableciera la limitación de las lenguas oficiales de la UE, y, concretamente, proponía cinco idiomas: las tres lenguas más habladas en Europa, que son, por este orden, alemán, francés e italiano, y las dos lenguas europeas más habladas en el mundo, inglés y español. Y se hizo esta propuesta, pero el Parlamento no la aprobó. ¿Saben ustedes lo que votaron nuestros diputados? Todos los eurodiputados españoles de todos los partidos votaron en contra de la propuesta; alguno, al que le preguntaron luego en la prensa, dijo que no había sido nada más que una argucia de los franceses y que si se hubiera llegado a aprobar la reducción, la próxima lengua en haber caído habría sido el español. En poco tenía a nuestra lengua, que es la suya, tal sujeto para expresarse así. Y concluyo aquí para no mostrar mi indignación. Las interrogaciones a que tales hechos dan lugar se las pueden formular ustedes mismos.